

ultrajes y con peligro de su vida; Muley-Abdallah movido de los sentimientos heroicos que animaban á aquellos religiosos, publicó un decreto para facilitarles el llevar á cabo su objeto sublime. Y no era ciertamente fruto de avaricia la proteccion que les dispensaba, pues deseando dar un público testimonio de aprecio á sus virtudes, no vaciló en entregarles cien esclavos á título de regalo, y últimamente, por efecto de compasion, que contrastaba singularmente con su habitual ferocidad, quiso que el hospital de Mekinez estuviese servido por doce religiosos de la orden de San Francisco, que con su presencia pudiesen dar tantos consuelos y socorros á los cautivos enfermos.

No fueron estas las únicas conquistas de la Religion católica en Marruecos. Dios que hablaba al corazon de Muley-Abdallah, para disponerlo favorablemente hácia los esclavos cristianos, hizo oír su voz poderosa y dulce á un hermano del emperador. Hallándose aquel príncipe resuelto á renunciar al Coran, pasó á Europa, y el cardenal Belluga, obispo de Murcia, alentándole en su propósito, le facilitó medios para pasar á Roma, donde fué presentado por el abate de Chaumont á Clemente XII. Allí los rayos de la gracia disiparon las tinieblas de su alma, y recibió el bautismo en la basílica de San Pedro en presencia de un gran número de espectadores. Ningun sacrificio le habia parecido penoso para obtener el augusto título de cristiano. A trueque de conseguirlo, despreció completamente los honores de que en su pais estaba revestido, y repudió con el mayor desprecio las inmensas riquezas que tantos gozes materiales podian haberle proporcionado. La liberalidad de Clemente XII suplió tan meritoria indigencia señalándole una pensión.

¡Qué contraste presenta esta conversion con la apostasía de Juan Guillermo, baron de Ripperdá, célebre aventurero que, ya protestante, ya católico, tomó luego el turbante como el conde de Bonneval, concluyendo por querer ser fundador de una nueva secta! Este

hombre, que nació á fines del siglo XVII, en la provincia de Groninga, de una familia noble, sirvió algun tiempo en los Estados-Generales como coronel de infantería. Este era el empleo que tenia en 1715 cuando fué nombrado embajador de Holanda cerca de la corte de España. Habiendo con su carácter astuto é insinuante sabido agradar á Felipe V, se fijó en Madrid, abjuró el protestantismo, obtuvo el título de duque y grande del reino, se le confió el ministerio de la Guerra, de Marina, de Hacienda, y llegó hasta ejercer el poder de primer ministro. Habiendo caido en desgracia en 1726, fué encerrado en el alcázar de Segovia, de donde pudo evadirse en setiembre de 1728 y emigrar á Portugal. De allí pasó á Inglaterra, y luego á Holanda, donde volvió de nuevo á profesar el ejercicio de la supuesta religion reformada. Habiendo por una casualidad, adquirido relaciones con el enviado de Muley-Abdallah, tomó el partido que este le propuso de pasar á Africa, en cuyo pais sus talentos no podian menos de proporcionarle en breve tiempo honores y riquezas. Ripperdá se trasladó en efecto á Marruecos, cuyo emperador prevenido anticipadamente por su enviado le recibió favorablemente. A fin de ganar la confianza de aquel príncipe y gozar del aprecio de sus vasallos, abrazó el islamismo y tomó el nombre de Osman. Sus intrigas comprometieron á Muley-Abdallah en guerras desastrosas, tanto para socorrer á Oran como para recobrar á Ceuta. Revestido de la dignidad de teniente de este príncipe, tuvo el mando de una parte del ejército africano, y obtuvo por de pronto algunas ventajas sobre los españoles; mas habiendo sido derrotado delante de Ceuta, á pesar de la prudencia y valor que desplegó en aquella jornada, incurrió por este desastre en el disfavor de Muley, que le despojó de sus empleos y lo mandó encerrar. Presúmese que fué durante esta prision cuando concibió el plan de un nuevo sistema religioso que se

lisonjaba fuese del agrado del pueblo. Para conseguirlo hizo una esposicion de sus ideas presentándolas como simples dudas. Aparentando hablar de Mahoma con mas respeto que los mismos musulmanes, alababa tambien á Moisés y á los profetas, para granjearse la voluntad de los judíos, cuyo número era muy considerable en las costas de África, y á Jesucristo, presentándole como un personaje eminente por sus virtudes, pero no atribuyéndole mas carácter que el de precursor del Mesias. Ripperdá pretendia apoyar todo este sistema en pasages sacados del Evangelio y del Corán. Mas en tanto que se ocupaba en adquirir prosélitos, se le mandó en 1734 salir de Marruecos y fué á buscar un asilo en Tetuan, donde murió en noviembre de 1737, siendo objeto de desprecio de los mahometanos y de los cristianos.

Las dificultades con que el celo de los obreros evangélicos tropezaba en Asia y África no eran menores en el Nuevo Mundo. Lo que vulgarmente se contaba en Europa respecto de aquellos vastos paises, sembrados de ciudades y aldeas, donde una innumerable muchedumbre de idólatras se presentaba de tropel al celo de los misioneros, podria dar lugar á creer que otro tanto sucedia en América; pero estaba muy lejos de ser cierta esta suposición. En una vasta estension de terreno, apenas se encontraban en el Canadá tres ó cuatro poblaciones: los misioneros tenian que pasar su vida vagando por bosques impenetrables, trepando montes, atravesando lagos y rios con una canoa para encontrar á algun infeliz salvaje que al verlos huía lleno de asombro, y á quien era imposible atraer ni con razones ni con caricias.

Nada mas difícil que la conversion de estos salvajes; es un milagro de la misericordia divina, pues primero era preciso convertirlos en hombres, por decirlo así, y luego trabajar en convertirlos en cristianos. Como son dueños absolutos de sí mismos, sin estar sujetos á

ninguna ley, la independencia en que viven les hace esclavos de las pasiones mas brutales. Ciertamente es que entre ellos hay algunos que se titulan gefes, pero carecen de autoridad: si se atreviesen á usar de amenazas, lejos de inspirar sumision, se verian abandonados de los mismos que poco antes los aclamaban como caudillos; de manera, que solo se atraen la consideracion de la multitud en tanto que tienen la posibilidad de dar festines á los que les obedecen. De esta independencia surgen toda especie de vicios. Estos pueblos son cobardes, traidores, ligeros é inconstantes, mentirosos, naturalmente ladrones, hasta el punto de vanagloriarse de su destreza en robar, brutales, sin honor, sin palabra, capaces de hacerlo todo cuando uno es liberal con ellos, pero al mismo tiempo ingratos y sin reconocimiento. De manera, que es mantenerlos en su natural fiereza el hacerles bien gratuitamente, pues se da pábulo á su insolencia. Así es, que por grande que sea la voluntad que se tiene de hacerles bien, es preciso hacer valer los pequeños servicios que se les prestan. La sensualidad y la glotonería son, sobre todo, los vicios mas dominantes entre estos salvajes. Se habitúan á las acciones mas indecentes, aun antes de llegar á la edad de conocer la vergüenza é infamia que traen consigo: si á esto se añade la vida errante que pasan en las selvas persiguiendo á las fieras, se comprenderá fácilmente el estado de embrutecimiento en que su razon se halla y cuán poco capaz es de someterse al yugo del Evangelio. Pero, cuanto mas distantes se hallan del reino de Dios, tanto mas el celo debe enardecerse para hacerles entrar en él.

Tal era el generoso modo de pensar de uno de los mas célebres obreros evangélicos del siglo XVIII, de un hombre demasiado recomendable por los servicios que hizo á la Iglesia y á su patria, para que no nos detengamos un momento en hablar de tan preciosa vida.

Francisco Picquet, doctor de la Sorbona, misionero del rey y prefecto apostólico del Canadá, nació el 6 de diciembre de 1708 en Bourg-en-Bresse. Desde su infancia manifestó afición á las ceremonias de la Iglesia, de una manera que anunciaba el estado á que Dios le llamaba. La buena educacion, que su respetable padre le dió, desarrolló ventajosamente sus felices disposiciones naturales; de manera que concluyó sus primeros estudios con aplauso de todos sus maestros, aunque en la dissipacion y ardor de la juventud se entregó á ocupaciones enteramente ajenas de sus estudios. Picquet efectivamente se complacia en ensayar su disposicion en diversos géneros, y por lo regular de todos salia igualmente airoso; pero hasta los juegos de su infancia habian manifestado la inclinacion de su alma, y el estado eclesiástico era su principal vocacion. Desde la edad de diez y siete años comenzó á ejercer con provecho en su patria las funciones de misionero, y al llegar á los veinte, el obispo de Sinope, auxiliar de la diócesis de Lyon, le dió por una distincion honrosa permiso para predicar en todas las parroquias de la Bresse y del Franco Condado que dependian de su diócesis.

El entusiasmo de su nuevo estado le inspiró el deseo de hacer un viaje á Roma; pero el arzobispo de Lyon le aconsejó que fuese á Paris á emprender su carrera de teología. El jóven siguió este consejo y entró en la congregacion de San Sulpicio. No tardaron en proponerle la direccion de los nuevos convertidos; pero la actividad de su celo le hizo buscar una mas vasta carrera, y le arrastró en 1733 mas allá de los mares á las misiones de la América septentrional, en donde permaneció unos treinta años, y en donde su temperamento, debilitado por el trabajo, adquirió una fuerza y un vigor que le proporcionaron una salud robusta hasta el fin de su vida.

Después de haber estado mucho tiempo

trabajando en union de los demas misioneros en Montreal, le consideraron digno de acometer por sí solo nuevas empresas, de que la Francia debia aprovecharse para pacificar aquellas vastas colonias. Hacia el 1740 se estableció cerca del lago llamado de las Dos Montañas, al norte de Montreal, al alcance de los algonquinos, de los nipisingos, y de los salvajes del lago Temiscaming, al frente de la colonia, y en el paso de todas las tribus del Norte, que por el gran rio de Michillimakinak descendian al lago Huron. Ya habia habido en otro tiempo una mision sobre el lago de las Dos Montañas, pero habia tenido que abandonarse. Picquet se aprovechó de la paz que se disfrutaba entonces para construir una fortaleza de piedra que dominaba las aldeas de las cuatro naciones que componian la mision del lago. Mandó en seguida construir estacadas con troncos de cedro en torno de cada una de dichas aldeas y las flanqueó con buenos reducidos. El rey de Francia pagó la mitad de estos gastos, y el celo del misionero suplió lo demas haciendo trabajar á los indígenas. Él hizo tambien que dos tribus errantes de los algonquinos y nipisingos se estableciesen en una hermosa aldea que les hizo construir, y consiguó que se dedicaran á las labores agrícolas, cosa que hasta entonces habia pasado por imposible. Estos dos pueblos fueron en lo sucesivo los primeros que acudieron al socorro de los franceses. Picquet hizo tambien construir un calvario que era el mas hermoso monumento de la Religion en el Canadá, por el tamaño de las cruces que se elevaron en la cúspide de una de las dos montañas, y por las diferentes capillas y oratorios edificados de piedra, embovedados, adornados de pinturas y distribuidos por estaciones en el espacio de tres cuartos de legua. Aplicóse en seguida á mantener una puntual correspondencia con los pueblos del Norte por medio de los algonquinos y nipisingos, y con los del Sud y Oeste por medio de los iroqueses y hurones. Sus

negociaciones produjeron tan buenos resultados, que todos los años en la vispera de Pascua y Pentecostés bautizaba treinta ó cuarenta adultos. Cuando los salvajes que se dedicaban á la caza habian pasado ocho meses en los bosques, les hacia descansar un mes en la poblacion; entonces les hacia una especie de mision, les predicaba muchas veces al dia, tenia con ellos conferencias espirituales, y les hacia aprender la doctrina, las oraciones y cantos de la Iglesia, é imponia penitencias á los que caian en algunos desórdenes. Parte de estas tribus era sedentaria y vivia domiciliada. En fin, el misionero contra todo lo que podia esperarse, consiguó que se sometieran las tribus enteramente al rey, y que este fuera dueño de sus asambleas nacionales, con plena libertad de dar á conocer sus intenciones y nombrar todos sus gefes. Desde que principió la guerra del año de 1742, estos salvajes dieron claramente á conocer su adhesion á la Francia.

Durante aquella guerra, promovida entre los franceses é ingleses, y que Picquet fué uno de los primeros en prever, contribuyó dos veces desde el 1742 al 1748 á la conservacion de la colonia por el gran ascendiente que habia sabido granjearse en el ánimo de los salvajes. Pero bien puede decirse que no pasó cuatro noches seguidas en su cama: su vigilancia escedia á toda ponderacion: vetasele dormir sobre la nieve en el fondo de los bosques para descansar de marchas continuas, hechas á pie, no pocas veces entre las aguas heladas de los pantanos, para dar buen ejemplo á sus guerreros, esponiendo la vida como un simple soldado, y haciendo en el consejo las veces de un hábil y esperto capitán que sabe sacar partido aun de las mas difíciles circunstancias. Él tomó posesion de un terreno que los ingleses estaban á punto de ocupar, y se mantuvo en él á pesar de todas las intrigas y esfuerzos de estos. Sus negociaciones producian buenos resultados como las expediciones

militares que dirigia: los gefes de la colonia se las confiaron mas de una vez en las ocasiones mas críticas. Habiéndose restablecido al fin la paz en 1748, Picquet se dedicó á impedir para lo sucesivo la repeticion de los males que habia presenciado. El camino que habia visto tomar á los salvajes y á las bandas enemigas que los ingleses enviaban contra los franceses, le hizo pensar en la construccion de un fuerte en un paraje á propósito para interceptar el paso á los ingleses. Con este objeto propuso á Mr. La-Galissoniere, gobernador general del Canadá, dispusiese cerca del lago Ontario el establecimiento de una mision de la Presentacion, que tuvo un éxito superior á sus esperanzas, y fué la mas útil de todas las del Canadá. Esta mision era como una llave de la colonia, porque los ingleses, los franceses y los salvajes del Alto Canadá no podian pasar sino por debajo del cañon del fuerte de la Presentacion para bajar al lado del Sur y porque los iroqueses por la parte del Mediodia y los micissagües por el Norte estaban tambien dominados por el fuerte.

Atrayendo al partido de la Francia á los cantones iroqueses, habia seguridad de no tener nada que temer de las demas naciones salvajes, y de este modo se ponía coto á la ambicion de los ingleses. Picquet se aprovechó ventajosamente de la paz para aumentar aquel establecimiento, y en menos de cuatro años lo elevó á la perfeccion que se podia desear, no obstante las contrariedades que tuvo que combatir, los obstáculos que tuvo que superar y las burlas é indecencias de que tuvo que ser blanco, en las que nada perdió su gloria ni su felicidad. Vióse como por encanto levantarse muchas poblaciones á la vez, construirse una fortaleza cómoda, habitable y agradablemente situada, y vastos desmontes de terreno prodigiosamente convertidos en deliciosos campos de maiz. Mas de quinientas familias, que aun siendo infieles vinieron á instancias del misionero á establecerse en aquellas campiñas, con-

tribuyeron á que en breve tiempo fuese la comarca mas deliciosa y abundante de la colonia. Al mismo tiempo se fueron disponiendo sus almas á recibir la luz del Evangelio, y Picquet tuvo el inefable consuelo de regenerar en las aguas del bautismo á un gran número de ellas. Deseando el obispo de Quebec presentarse por sí mismo las maravillas que oia contar del establecimiento de la Presentacion, fué á verlo en 1749 acompañado de algunos oficiales, de intérpretes, de clérigos de otras misiones y otros varios sacerdotes, y se entretuvo diez dias en examinar y hacer examinar los catecúmenos: dió por su propia mano el bautismo á ciento treinta y dos, y durante su permanencia en aquel punto, no cesó de bendecir al cielo por los progresos de la Religion entre aquellos infieles. Apenas fueron bautizados, quando Picquet trató de darles una forma de gobierno: estableció un Consejo de doce ancianos; escogió á los mas acreditados de las cinco naciones, los condujo á Montreal, y allí, con grande admiracion de toda la colonia, prestaron juramento de fidelidad ante el marqués Du Quesne; cosa que nadie esperaba.

Desvelándose Picquet tanto por la buena administracion civil, como por los intereses espirituales, ponía en conocimiento de los gefes de la colonia cuantos abusos llegaban á su noticia. Las guarniciones que se establecian en las misiones eran lo que principalmente contrariaba las santas miras del misionero. «Ya he tenido el consuelo, decia en una Memoria, de ver suprimir las que habia en la cascada de San Luis y en el lago de las Dos Montañas, y pensaba que el gobierno al saber, no por mi conducto, sino por el de otras personas, los daños que causan á la Religion y al Estado, no dejaria de retirar cuanto antes la que está en la Presentacion, donde es tan inútil y trae tantos y aun mas perjuicios que en las otras misiones. Nadie conoce mejor que yo que los desórdenes van aumentando al paso que esta guarnicion se hace

mas numerosa; el fervor de nuestros primeros cristianos se estingue poco á poco con los malos consejos y los malos ejemplos: la docilidad al rey se debilita lentamente; multiplicanse sin cesar las dificultades entre unos pueblos cuyas costumbres, caracteres é intereses son tan diferentes; en fin, los comandantes y los guarda-almacenes oponen continuamente mil obstáculos á los buenos resultados del celo de los misioneros. En los veinte y cuatro años que hace que estoy encargado de la direccion de salvages, no he podido menos de convenir, juntamente con todos los que hayan hecho estudio de sus costumbres y carácter, en que el frecuente trato con los franceses los pierden enteramente, y en que la principal causa de que no progresen tanto como seria de desear en la senda de la perfeccion, son los malos consejos, los malos ejemplos y la alma mercenaria é interesada de los europeos que tratan con ellos. De ahí procede algunas veces su indocilidad á las órdenes de los gobernadores, y hasta sus infidelidades al rey y sus apostasías. Público es y notorio que en la cascada de San Luis y en el lago de las Dos Montañas, misiones tan fervorosas en otros tiempos, y que desde cerca de un siglo á esta parte han venido prestando servicios tan importantes á la colonia, las guarniciones han producido males y desórdenes casi irreparables, y que no solo han introducido allí toda especie de libertinage y disolucion, sino hasta el espíritu de independenciam y rebelion.» Lo que Picquet temia particularmente era la introduccion de cierto crimen contra natura, afortunadamente desconocido entre aquellos pueblos. Los comandantes de las misiones francesas no se ocupaban en aquel tiempo mas que en disminuir la confianza de los salvages para con los misioneros: no parecia sino que ganaban una batalla quando conseguian la separacion de algunos de ellos, ó quando habian prevenido diestramente al general contra los

obreros evangélicos, despertando negras sospechas en su ánimo. Un santo religioso, misionero tan infatigable para el servicio del rey como lo era para el de Dios, llegó hasta el caso de sucumbir bajo el peso de la autoridad, con detrimento de la mision de la cascada de San Luis, á fuerza de calumnias que los comandantes del fuerte inventaron contra él. Así fué como la irreligion, el libertinage, la infidelidad hácia el rey y la insolencia de los salvages reemplazaron á la piedad, al afecto, á la sumision y obediencia de que por largo tiempo habian dado tantas pruebas bajo la direccion de sus gobernadores espirituales. Ultimamente, para remediar tantos males, se suprimieron las guarniciones que habian llegado á poner en tanto peligro á aquellas dos misiones; pero los jesuitas tuvieron que trasladar la suya de la cascada de San Luis á otro punto sobre el lago de San Francisco, para alejar á los salvages de la comunicacion con los franceses. La experiencia ha demostrado que la Religion es el mejor medio para cautivar el afecto de los salvages, y que los misioneros son los que forman y estrechan estos vínculos.

Picquet pasó á Francia en 1753 para dar cuenta de sus trabajos y solicitar socorros en beneficio de la colonia, trayendo en su compañía tres salvages con el objeto de que su presencia inspirase interés, y que al mismo tiempo le sirviesen de rehenes que contuvieran en buen orden á la mision durante su ausencia. Los indigenas reunidos consintieron en ello y hasta mostraron desearlo, así como los gobernadores de la colonia. Fué tan buena la acogida que á los salvages se les dispensó en Paris, que los tres decian continuamente: «Seria de desear que nuestras tribus conocieran tan bien como nosotros el carácter y bondad de los franceses; entonces no tendrian mas que un mismo corazon y unos mismos intereses con la Francia.» Mientras Picquet permaneció en Paris en 1754, el ministro de marina le hizo escribir varias Memorias, en

especial una bastante lata acerca del Canadá, en la que proponia medios infalibles para que la Francia conservase aquella colonia.

A fines de abril de 1754 regresó Picquet á la Presentacion, con otros dos misioneros. La permanencia de los tres salvages en Francia produjo los mejores efectos entre las tribus del Canadá. Apenas se declaró en 1754 la guerra, cuando los nuevos hijos de Dios no pensaron mas que en dar pruebas de fidelidad y valor, así como en la guerra anterior las habian dado los del lago de las Dos Montañas. Los generales debieron á Picquet la destruccion de todos los fuertes, tanto sobre el rio de Corlac, como sobre el de Choeguen. Los salvages civilizados por este misionero se distinguieron particularmente en el fuerte de San Jorge sobre el lago Ontario donde solo los guerreros de la Presentacion, con sus canoas de corteza, destruyeron la escuadrilla inglesa, mandada por el capitán Beccan, que juntamente con otros varios fué hecho prisionero. Mr. Du Quesne, con ocasion del ejército del general Bradoc, recomendaba á Picquet que enviara cuantos destacamentos de salvages le fuera posible. En efecto, las exhortaciones que el misionero les dirigia á fin de que dieran ejemplo de valor y de celo, consiguieron por último la completa derrota del general enemigo cerca del fuerte Du Quesne sobre el Ohio durante el verano de 1755. La promesa que les habia hecho de que saldrian vencedores de los ingleses, habia exaltado de tal manera su imaginacion, que en el ardor del combate creian ver al misionero inspirándoles aliento y asegurándoles la victoria, aunque estaban separados de él casi ciento cincuenta leguas, y costóle á Picquet no poco trabajo llegarles á disuadir de semejante preocupacion. Es verdad que no faltaron ocasiones en que se le vió en la vanguardia al frente de sus salvages, quando el ejército tenia orden de caer sobre el enemigo, y Mr. Du Quesne solia decir que valia por diez regimientos.